

JAVIER PUEBLA

TIGRE  
MANJATAN

algaida



Primera edición: octubre 2008

© Javier Puebla, 2008  
© Algaida Editores, 2008  
Avda. San Francisco Javier 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
Composición: Grupo Anaya  
ISBN: 978-84-9877-151-0  
Depósito legal: M-42.153-2008  
Impresión: Huertas, I. G.  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

HOGAR DULCE OH BAR.....	11
CANCIÓN DE LEONCIO PARRA.....	33
LA FLOR DEL MAL.....	59
BAJO LA LUZ DE UNA ESTRELLA DE LA RADIO .....	67
SANGRE EN TUS ROLLITOS DE PRIMAVERA .....	89
EXTRAÑOS EN UN CORVETTE DEL 63.....	109
ALLÁ DONDE NO ERES BIENVENIDO.....	137
JAMÁS LO DEBERÍAS HACER.....	159
TODAS LAS NOCHES SON LA MISMA NOCHE .....	173
QUIEN YA NADA TEME.....	205
EL FRÍO.....	223



*Hay que acostumbrar bien a la memoria  
porque ella sola proporciona la felicidad o el infierno.*

BALTASAR GRACIÁN  
*El arte de la prudencia*  
(Oráculo Manual)



HOGAR DULCE OH BAR





¿QUÉ TIENE LA NOCHE? ¿CUÁL ES SU PODER?  
¿Por qué enamora? Subyuga. Protege. Inspira. ¿Por qué? Es fácil. La noche tiene la luz. La noche, al menos la noche en la ciudad, está tocada de luz. El día la mata. Mata la luz. La luz sutil. La luz mágica. La creada por el hombre, controlable a voluntad. El día la mata. La noche no. La noche permite existir, vivir, hasta a la más humilde de las luces.

La luz verde o roja del semáforo.

La luz azul de un rayo láser.

La luz blanca de los focos de los coches.

La luz amarilla de las farolas.

La luz roja, violeta, amarilla y verde del letrero de neón suspendido sobre la puerta de tu bar favorito: El Ring.

Un hombre necesita tener un bar. Su bar. Sobre todo un hombre solo. Son silenciosas las casas de los solitarios. Frías. Sin vida. Lo contrario que un bar. Lo contrario que

El Ring. Fotos en blanco y negro de los grandes campeones. Guantes colgados en las paredes color salmón impregnadas de humo. Pista de baile imitando un cuadrilátero. Vídeos de combates en los dos televisores de pantalla gigante. El sitio ideal para asistir a un Campeonato Mundial de los Pesados vía satélite. No tan bueno como estar sentado en el Madison de Nueva York o el Caesar's Palace de Las Vegas. No tan bueno pero casi.

—A ver, chaval, ¿contra quién tuvo que pelear Tyson para conseguir la unificación de las tres coronas de los pesados?

Sonríes sin ganas. El ritual de siempre. Julián Chicheri poniendo a prueba la erudición de sus clientes. La voz ronca y lenta. Tan familiar para tus oídos como para un padre de familia el griterío de su prole.

—Te he pillado. No lo sabes.

Le miras. Las pupilas rezumando resignación. ¿Qué culpa tiene Chicheri de que hayan apuñalado a una prostituta llamada Emilia Gómez y que tú la conocieras y *quisieras*? Fuerzas la sonrisa. Y respondes.

—Contra Spinks. El veintisiete de junio de 1988.

Hay que añadir algo más. Lo pide el ritual. Falta el detalle. Si al padre de familia se le pregunta qué tal el trabajo no basta con decir «bien». «Bien». Demasiado insulso. Hay que darle vida. Calor. Detalles. Cierras los ojos un segundo. Relájate. Mantén los ojos cerrados y continúa hablando.

—Una belleza de combate. Atlantic City. Veintisiete de junio de 1988. Tanto Spinks como Tyson estaban convencidos de que era imposible derrotarlos. Porque ambos, hasta ese combate, se mantenían imbatidos.

—Y Tyson mandó a Michael Spinks a la lona en el primer asalto.

—Me imagino a Spinks esa noche. Humillado ante el mundo entero. Creerte invulnerable y que otro tipo te derrote antes de que suene siquiera una vez la campana. Si mal no recuerdo se retiró después de ese combate. Nunca más volvió a subirse al cuadrilátero.

No es pródigo en sonrisas, Chicheri. Sin embargo, te conoce demasiado bien como para no saber que hoy necesitas una. La especial de la casa. Reservada a los clientes que acuden cada día. El equivalente a la que dirigía la mujer al marido cuando llegaba agotado a casa después de un espantoso día de trabajo. De fondo, gritos de niños. De fondo, conversaciones animadas, ruido de vasos, el tartamudeo mecánico de un videojuego. Estamos en El Ring. Julián Chicheri coge del estante una botella de Five Queens.

—Bien, Tigre, la primera por cuenta de la casa.

El culo de cristal, vestido de bourbon, se desliza sobre el barniz de la barra hasta que lo detiene la pinza de tus dedos. Un solo trago.

El culo de cristal, desnudo, viajando en dirección contraria, hasta la mano del barman. Barres con la vista el interior del local. Faltan la mayoría de los habituales. Aún es temprano. Aunque está Rodrigo. Siempre está Rodrigo. Rodrigo Rey, el *príncipe* de los traficantes de animales. Es él quien hace hablar a la máquina de los videojuegos, esforzándose para que su boxeador blanco no quede noqueado por el boxeador negro virtual. Máximo nivel de dificultad. Siempre. Siempre máximo nivel de dificul-

tad. Quizá lo que le sucede es que le gusta perder. Cuando lo ha conseguido se gira hacia la barra, busca a alguien que quiera escucharle, y se queja. Se queja de la vida. Se queja de que todos los grandes campeones actuales sean negros. Todos, desde Jack Johnson. Se queja de cualquier cosa. Hasta, y con razón, de su propio mal aliento.

En mala hora se te ocurrió comprarle la serpiente. Cosas así sellan amistades eternas. O eso al menos es lo que opina Rodrigo. Ya nunca le falta un pretexto para colgarse de tu hombro e intentar sacarte dos copas.

Observas al trío, dos hombres y una mujer, que están sentados al fondo del local, bajo el cinturón —auténtico— que abrazó la cintura de José Manuel Urtain cuando ganó el título europeo de los pesados. No les conoces. Miras a tu camarada de mil noches buscando información. Chicheri toca la barra en gesto elocuente. *Madera*. Pasma. Policía.

—O eso creo.

La mujer tiene bonitas piernas. Pero para ti casi todas las piernas son bonitas si la minifalda es lo bastante corta. Nunca lo has hecho con una policía. Tampoco con una bombera. Ni con una jirafa. O un barril de cerveza. En esta vida, en el terreno sexual, finalmente todo son carencias.

—¿Sabes algo del Frío?

—Pasará más tarde. Supongo. ¿Por qué no le llamas al móvil?

Niegas con la mano.

—No es tan urgente. Hazme una hamburguesa, ¿quieres? No he comido prácticamente nada desde ayer.

El sonido de tus propias palabras convoca en tu memoria la viñeta que tienes como salvapantallas de *El cangrejo de las pinzas de oro*, con Milú borracho encerrado en una bodega repleta de champán y opio. «¿Y a quién le importa comer? Mientras haya para beber». Un perro sabio, ese Milú. Sí, mientras haya para beber. El alcohol alimenta. Tiene azúcar en abundancia. Y además quita la sed.

Te sientas en una mesa lo más alejada posible de los presuntos policías.

—¡Ponle mucho queso, Julián!

El ex boxeador no responde. Siempre le pone mucho queso. Y tú siempre se lo recuerdas. *Hogar dulce job bar!*

Julián tiene la deferencia de llevarte la hamburguesa a domicilio.

—Cuchillo y tenedor.

Los deja a un lado del plato. Inclinado sobre la mesa. Esperándote.

—Se cargaron a una chica que conocía, una puta que entrevisté para una serie en la que pretendía relacionar la vida de personajes marginales con el supuesto destino escrito en las líneas de sus manos. ¿Te acuerdas que durante una temporada me pasaba leyéndole la zarpa a todo el mundo?

—Claro que me acuerdo. A mí me dijiste que iba a vivir hasta los noventa años.

—Entonces vivirás noventa años.

—Lo de la chica me lo contaste ayer.

—Es verdad.

Dices *es verdad* como si te acordases. Pero no te acuerdas. De nada. Ni siquiera de haber estado en El Ring.

—La cogí buena, ¿eh?

—Regular.

Chicheri apoya su manaza sobre tu hombro intentando reconfortarte.

—¿Te traigo una cerveza para acompañar la carne?

—Vale.

Hoy no vas a perder el control. No vas a emborracharte. No es que tengas miedo. Miedo a no recordar nada de lo que has hecho después de la cuarta o quinta copa. No tienes miedo porque ya te ha sucedido infinitas noches —ese sonambulismo de alcohólico— y es algo que apenas te preocupa lejanamente. Porque casi siempre hay alguien que se encarga de restaurar tus recuerdos. A veces tú mismo. Como ha sucedido hoy. Emilia Gómez ha muerto para ti por segunda vez en menos de veinticuatro horas al abrir *La Voz de Madrid* y encontrarte con tu propia y apasionada crónica de su asesinato. Rememoras su mirada de pez, su cabeza demasiado grande y la sonrisa de niña indefensa y el suelo baila bajo tus pies. *Tranquilízate.*

*Estoy tranquilo.*

Sí, claro. Estás tranquilo.

*Tenía que acabar así. Prostituta y yonqui. Las muñecas agujereadas. No había que ser un gran quiromante para adivinar leyendo las palmas de sus manos, que ese era su único y posible futuro.*

Rodrigo te mira desde el fondo del local. Su luchador electrónico ha sido noqueado y necesita a alguien que le consuele tras la derrota. ¿Y quién mejor que el amable Art Briz? Te enfrentas con su mirada amarillenta. Viscosa. Tal vez sea tu imaginación pero sus ojos siempre te hacen pensar en tarántulas, caimanes y serpientes.

—Parece que el chico de la prensa tiene hoy apetito.

—¿Qué pasa Rodriguito? ¿Ya te han dejado K.O.?

—Esa puta máquina está trucada. No hay quien pase del séptimo asalto.

Le miras sin verle. Ves a tu serpiente. Tu cobra negra con camisa a cuadros y pantalones azul marino sentada en un taburete del bar. Agitando su lengua bífida a escasos centímetros de tu nariz.

¿Por qué no se la devuelves? Cortada en rodajas dentro de una barra de pan. A lo mejor hasta se pone de moda en los *after-hours*: bocadillo de carne de cobra fresca para combatir la resaca.

Estabas ebrio, por supuesto. Para variar. *Borracho como una maraca*. La noche que cambiaste la serpiente por uno de tus cheques. Haciendo surf sobre las olas del *delirium tremens*. Ana acababa de dejarte. Llegaste a casa, tras tres días de farra en Sevilla con el pretexto de un reportaje, y te encontraste con los hechos consumados. Faltaban tus discos, tus mejores libros, el equipo de música, el vídeo y el televisor. También el microondas y la olla exprés. Las mujeres siempre tan prácticas. Faltaban más cosas aún. Pequeñas cosas que necesitaron del paso del tiempo para evidenciar su ausencia. A cambio Ana te había dejado una nota. Breve. Muy breve. No llegaba a

diez líneas. Apenas una línea por año de convivencia. Quizá estaba nerviosa. O no deseaba gastar demasiada tinta del bolígrafo marca Montblanc que también se llevó. Bajaste a El Ring. A llorar palabras. A darte de puñetazos con el primero que se te pusiera a tiro. A nadar en bourbon. Y allí estaba Rodrigo. Hasta aquella noche nunca habías cruzado más de dos palabras con él. Le invitaste a beber. Le contaste la historia de tu vida. Le conectaste un directo en el plexo que le tiró al suelo. Y le compraste la serpiente. Para compensarle por el golpe. Y también para fastidiar a Ana que detestaba las serpientes. *¡Idiota!, Ana ya no vivía contigo, así que jamás vería al ofidio.* Una genuina *Cobra Nigrocollis*. Una asesina. *¡Vivan los asesinos! Vive la mort!*

Al día siguiente, cuando te despertaste, en tu casa había un terrario. Dentro del mismo dormitaba el ofidio. Enroscado sobre la nota que te había dejado Ana al partir. Ese fue el destino del terrario a partir de aquel momento. Guardar las cartas que Ana te mandaba, te sigue mandando. Una cada dos o tres meses. Solo con ver la dirección en el remite tu estómago comienza a dar vueltas más rápido que el tambor de una lavadora. Directas al terrario. Todas sus cartas. Arrojadadas a la serpiente. A las bestias. Sin abrir. Lo que tenga que decir no te interesa. Como tampoco te interesa ahora el parloteo de Rodrigo.

—Esos bichos son unos desagradecidos, Tigre. Les doy de comer, limpio sus jaulas, y te aseguro que si cualquier día me descuido un poquito, solo un poquito, me largan un picotazo y me mudan de barrio. Pero, vale ya de



darle vueltas al trabajo. Cuéntame cómo lo llevas con mi serpiente.

—De cine, Rodrigo, ya lo sabes. Es una chica encantadora. Estoy pensando en regalarle un mandil y un libro de cocina. A ver si algún día, cuando vuelva a casa por la noche, me encuentro con la cena preparada.

Su risa rasposa, húmeda, mezclándose con los primeros compases del *We are the champions* de los Queen. Chicheri te hace un guiño desde la barra.

*Paciencia, Art, paciencia, ya sabes que no es mala gente.*  
No es mala gente pero sí un pelmazo de cojones.

—No pienso volver a comprarte la serpiente, Tigre. Aunque te haga la cena, el desayuno, y hasta te escriba los artículos del periódico. Me sé muy bien el chiste del caballo.

Pura filosofía de la supervivencia. El chiste del caballo. Fascinante. Tan fascinante como el propio Rodrigo. Haces un gesto en dirección a la barra para que le pongan una copa. Invitarle, bueno. Aguantarle, no. Hoy no.

—Tómame una a mi salud. Y perdona que no te acompañe. Tengo que hacer unas llamadas.

Has sacado el móvil del bolsillo. Ostentosamente. Que se vea que estás ocupado. El móvil, desconectado como es habitual en ti. Si hay algo que te saca de quicio en este mundo es estar localizable. Tu carácter es encontrar a los demás, pero sin viceversas. Marcas el número secreto que despierta al aparato con forma de escarabajo y le devuelve a la operatividad.

—Curras demasiado Tigre.

No respondes. Esperas que se aleje en dirección a la barra antes de seleccionar un número. Su cuerpo delgado, casi transparente. Cuatro pelos rubios al final de una cabeza en forma de cebolla. Bastaría una leve ráfaga de viento para tumbarle. No tuvo ningún mérito noquearle la noche que Ana te abandonó. Se gira hacia ti. La copa ya en la mano. Sonriente. Imposible ofenderle. Demasiado caradura para tales sutilezas. El amigo Rodrigo.

Ya han detenido al asesino de Natalia. De Natalia —su nombre de guerra— y de Emilia: su nombre real. Un muerto virtual y un muerto real en un solo crimen. Premio. Te lo explica al detalle, con su voz nerviosa y rota, tu jefa y amiga Marisa Ramón. La voz perfecta para comandar Noche Negra, el más sórdido programa de sucesos que se puede encontrar en el dial.

Coges un papel cualquiera del bolsillo, escrito por un lado, blanco por el otro, y escribes tan rápido como te da la mano; letra ininteligible hasta para ti mismo. El asesino, teórico asesino, se llama Leoncio Parra. Es camarero. Camarero y regente de un burdel. Lo tienen retenido en la comisaría de Pío XII. Ha firmado una confesión completa. Ante el comisario. No ante el juez. La policía dándose prisa en la resolución del asesinato de una insignificante chica de la calle. Insólito. Y sin elecciones municipales a la vista. Seguro que le habían confiado el caso a algún agente novato y con ganas de figurar.

—Gracias Marisa. Eres un oasis en este mundo reseco. Por cierto, se me ha ocurrido una idea para el reportaje sobre *El guardián entre el centeno*. Vamos a explicar-

les a tus oyentes por qué tantos psicópatas confiesan haber sido lectores entregados del libro. ¿Te gusta? ¿Quieres que te mande el planteamiento por mail o me lo apruebas directamente?

—Ya sabes que confío en tu criterio. Prefiero no saber nada y disfrutar escuchándote como una oyente más.

—Espero no defraudarte.

—Seguro que no. Nos vemos el jueves, o antes si me necesitas para algo. Un beso.

Y otro para ella. Aprietas el botón rojo del teléfono. Abres la lista de contactos. Quinientos nombres.

Convocas el de Marcial, el fotógrafo del periódico y único compañero con quien aceptas tomar una copa de vez en cuando. Quieres imágenes de todo. Del lugar del crimen. Del asesino. De Emilia viva. De Emilia en la morgue y archivada entre cadáveres. Y sobre todo de Leoncio Parra entre rejas. Consultas la esquina superior de la pantalla. Es tarde. Lo más probable es que te veas obligado a dejar dormir el tema hasta mañana.

—Ha conectado usted con el buzón de voz del número seis uno cero tres...

No. Aprietas el botón de fin de llamada. Los malditos buzones de voz. Una forma de sacarte pasta cuando la persona a la que llamas no quiere o no puede coger el teléfono. Nunca dejas recados en los buzones de voz. Marcial, por otra parte, jamás escucha el suyo. Nada que reprocharos. Tal para cual.

Repasas, una y otra vez, con el rotulador el nombre de Leoncio Parra. Como si escribiéndolo, y volviendo a escribirlo, fueras a averiguar algo acerca de él. Leoncio

Parra. Leoncio Parra. Leoncio Parra. En tu imaginación se conforma la silueta de un tipo fuerte y con melena. Con melena de león. Acompañado por una hiena. Como en los dibujos animados de Hanna-Barbera.

—¡Oh cielos, Leoncio, qué horror!

Qué horror, sí. Un horror que te venga a la cabeza la imagen de una película de dibujos animados o de una viñeta cada vez que te sucede algo impactante. Es común a toda tu generación. La cultura televisiva. La cultura del cómic. Bugs Bunny, Tintín, Mortadelo y Filemón. A tu padre le saca de quicio que con más de treinta y cinco años sigas leyendo tebeos y viendo dibujos animados. A tu ex mujer al principio le divertía. En la última época lo consideraba tan solo una prueba más de tu carácter inmaduro.

*No pienses en Ana, Arturo.* Tampoco en Natalia. No pienses en nada. Tienes que relajarte un poco. Te estás obsesionando. No vas a convertirte en Houdini, y conseguir fugarte de todas las trampas, por obsesionarte. Y menos aún en Jesucristo, aunque desees por encima de ninguna otra cosa en el mundo ser capaz de resucitar a los muertos. Cuando las personas se obsesionan acaban por ver caimanes donde sólo hay lagartos.

Aunque —*tigre soñador*— sería bonito, una delicia, que fueses tú quien desvelase el misterio y atrapase al asesino. La prensa dándole sopas con honda a los funcionarios de uniforme azul oscuro. Primera página en los diarios de la competencia:

*Tras una larga investigación, en la que llegó a ver en peligro su propia vida, el afamado escritor Arturo Briz, más*

*conocido por sus lectores del matutino La Voz de Madrid como Tigre Manjatan, ha conseguido esclarecer el misterioso asesinato de Emilia Gómez, prostituta habitual, que vio finalizar sus días trágicamente a principios del pasado mes de mayo. El asesino, tras verse desenmascarado por el intrépido periodista, decidió entregarse a la policía y firmar una confesión completa de su abominable acto.*

Y en la siguiente página una foto en cuatricromía de las Torres Gemelas regresando al *skyline* de Nueva York. Las Torres Gemelas renacen de sus cenizas y Tigre Manjatan atrapa a un asesino. Para completar el futuro pluscuamperfecto a continuación deberían comenzar a lloverte las ofertas de trabajo. ¿ABC? ¿El País? ¿El Mundo? ¿Y por qué no *Le Figaro* o *The New York Times*?

Sí. ¿Por qué no? Tu trabajo es una basura pero es lo único que tienes, así que te refugias en él hasta donde te es posible. Vuelves a tener calor. Te pican los ojos. El local está llenándose de humo. De humo y de gente. Levantas la cabeza, y por fin sucede algo que enciende el brillo de tus pupilas. El Frío acaba de llegar. Inconfundible. Cabeza rectangular. Largas patillas. Chupa de cuero negro con flecos colgando. Ojos de hielo. Andar rejileto. Más chulo que un ocho y medio. Mariano el Frío. Tu colega. Y también camello. Nada que ver con un amigo del alma. Simplemente alguien con quien te has acostumbrado imprudentemente a charlar. Imprudentemente porque el Frío, amén de camello de psicotrópicos, es confidente de la policía; un soplón.

No es que le avergüence ni preocupe. Más bien se enorgullece de ello. De su capacidad para moverse entre dos aguas, pescando en ambas con la naturalidad de un

anfibio. Igual trapicheaba con cocaína que ayudaba a detener a un traficante, pero siempre con una oscura elegancia, con un distanciamiento que le había granjeado un respeto generalizado. Tenía tantos amigos en el cielo como en el infierno, pero —según gustaba afirmar— se fiaba más de los segundos que de los primeros «porque es conocido que el diablo siempre cojea del mismo pie».

El Frío, pequeño reyezuelo de bares de medio pelo. No hay más que ver la seguridad con que estrecha manos, da palmadas en espaldas anchas y estrechas, y acaricia mejillas o caderas femeninas. Un tipo popular, que conoce a todo el mundo y a quien todo el mundo conoce; o cree que conoce. Incluso el trío sentado al fondo. Los policías que están sentados bajo el cinturón de Urtain. Mariano se sienta un instante entre ellos. Los hombres le dejan sitio apresuradamente. La mujer le besa en ambas mejillas. La mujer policía. Lo cierto es que las piernas que deja al descubierto su brevísima falda son demasiado gruesas. Cuesta imaginar esas piernas corriendo por la ciudad persiguiendo a un delincuente.

—No la conoces, ¿verdad? —te pregunta refiriéndose a la agente de la ley cuando, terminada su ronda de palmadas, muecas y abrazos, recalca junto a ti—. Se llama Amparo Figuerola, y es inspectora de la Comisaría de Centro. Acaba de llegar a Madrid, procedente de Barcelona. Una carrera brillante.

—¿Y quién es su protector, si puede saberse?

Con un gesto de la mano derecha Mariano despeja la cuestión, para acabar señalando los trozos de papel

que hay esparcidos sobre la mesa. ¿Qué más da si su protector es el elefante Dumbo o el Ministro del Interior? A él esas cosas le importan un *gallifante* y en el fondo a ti aún menos.

—¿Trabajando en tu puzle de tres piezas?

Asientes con la cabeza. No hay mucha gente que esté al tanto de tu gran proyecto, demasiado grande como para que logres llevarlo a buen término algún día pero que te sirve para enmascarar ante ti mismo la inutilidad en la que se ha convertido tu vida: *Trilogía de la ciudad*. Tres carpetas en las que vas amontonando sin orden ni concierto citas de libros, frases de películas, letras de canciones, viñetas de cómic, fotografías, cuadros, anuncios..., una miscelánea que —aseguras— tú serás capaz de ordenar y dar forma de libro. Llevas más de dos años jugando a encontrar los títulos para marcar la cubierta de las tres carpetas. El primero vino sin apenas buscarlo: *Mañana seguro que me arrepiento*, aunque ya está tachado y rectificado: *Mañana seguro que no me acuerdo*; serviría cualquiera de los dos. Del segundo: *No siempre se pierde*, es del único que te sientes completamente satisfecho. Pero falta el tercero. El tercero se te sigue escapando. Y mientras se te escape, no lo veas claro, no te pondrás a trabajar de verdad. Así que es posible que no llegues a encontrarlo nunca. Mejor jugar y soñar despierto que pasarte cinco horas al día sentado en una mesa y trabajando. Casi cada noche se te ocurre un título diferente que vas anotando en pedacitos de papel que luego se pierden en los bolsillos y acaban en la mesa de tu despacho, primero, y en la papelera, después. El Frío rastrea entre las notas

sin que tú opongas la menor resistencia. Lee en voz alta.

—*Francamente querida, me importa un huevo.* ¿Esto es un título? ¿De verdad serías capaz de poner dentro de un libro algo tan chorras?

—Es la frase, traducida en tono macarra, que le dice Clark Gable a Vivian Leigh, al final de *Lo que el viento se llevó*.

—¿Eso es una película, no?

—Vamos, tío, no presumas de ignorante. Seguro que la has visto más de una vez en la tele agarrado a las falditas de tu mamá.

—A lo mejor, con el del bigotito fino, ¿no? Pero ya sabes que a mí me va solo regular ese rollo del cine, aunque haya algunas pelis que no están mal. *Trainspotting*, *Henry, retrato de un asesino*, o aquella que vimos hace unos meses juntos en tu guarida, esa de los robots que parecían seres humanos.

—*Blade runner*.

—Esa. Me encantó la rubia alta que daba volteretas. Estaba buenísima.

Sonrías sin alegría. La rubia era Daryl Hannah, pero no merece la pena mencionarlo. Con el Frío las referencias culturales no suelen funcionar. Aunque seguro que si os pusieseis a hablar de grupos tecno y DJ sabría muchos más nombres que tú.

—Bueno, déjate de pelis y de libros que tengo una cosa aquí que te va a poner en órbita. La Abuelita ha recibido mercancía nueva. Mucho mejor que la de ayer, ya verás. Está en roca. Bien cocinada. Farlopa de primera.



Alita de mosca. Toma, anda, vete al servicio y enchúfate una línea. Ya verás cómo te pone las pilas.

En la soledad del servicio repites en voz baja *mucho mejor que la de ayer, mucho mejor que la de ayer, mucho mejor que la de ayer*. Tres veces. Al parecer también estuviste con Mariano, de fiesta. Y seguro que le contaste todo el rollo. La historia de Emilia Gómez, que escribía torpes poesías en cuadernos baratos con lomo de espiral y tapas azules. Y también que de algún modo te recordaba a tu hermana Marta, tu amada hermana Marta, que había muerto antes de cumplir los treinta.

Escribía poesías y letras de canciones, tu hermana muerta. Igual que la puta, que Emilia Gómez. Lo resaltaste en el reportaje —puta y poetisa— y varias voces murmuraron que era una invención, una fantasía tuya. *Las putas carecen de la preparación necesaria para escribir poesía*. Una frase redactada a vuelapluma en la columna de un compañero supuestamente sensible y amigo.

Abres la papelina y rozas con los dedos las roquitas blancas. Tiene buen aspecto. Blanca, brillante y dura. La Abuelita es una colombiana de setenta y cuatro años. O eso cuenta Mariano, porque muy bien podría ser una invención para que no averiguases de dónde saca su mercancía, siempre la mejor de Mad Madrid. Tú nunca has visto a la Abuelita pero te gusta jugar a imaginártela.

Sales del servicio recuperado. Acelerado y mucho más despierto. Buena coca. *El postre de los campeones*. Hay que ayudar al bourbon en su trabajo principal: destrozarte el cerebro. Cada vez estás más convencido de que es la parte menos importante de tu cuerpo: el cerebro.

—Me encantaría hacerle un reportaje a la Abuelita, Frío. Haciendo calceta, vestida de negro y con un billete de quinientos enrollado metido en un orificio de la nariz.

—Fallas todos los disparos. No hace calceta, le gusta vestirse con tonos chillones, y jamás se mete nada por la nariz.

—¿Tú crees que me dejaría entrevistarla?

—Seguro. Y explicarte cómo entra la mercancía en el país, el modo en que blanquean la pasta, y el nombre de su cirujano plástico. Estaría encantada. En cuanto te mueras iré al cementerio a contártelo, prometido. Anda. Guárdate eso que estás dando el cante.

—No llevo pasta suficiente hoy...

—Da igual, ya me lo pagarás. O mejor, te la regalo, promoción. Oye, tengo que salir un momento, pero vuelvo enseguida. No te vayas, eh, que ayer estabas muy volado y no creo que te convenga andar por ahí solo. Espérame.

Te molesta e incomoda que te regale la cocaína. Porque no es la primera vez ni será la última. Una especie de soborno que además pone en evidencia que tu economía no es tan buena como tus aires de gran señor pretenden dar a entender. *Goddam money. It always ends up making you blue as hell.*

Sigues con la mirada a Mariano mientras atraviesa con pasos largos el local y desaparece tras la puerta abatible. También se ha ido la inspectora de policía. Nadie sentado bajo el cinturón que abrazó la tripa de José Manuel Urtain cuando fue proclamado Campeón de Europa. Ni siquiera Chicheri está tras la barra. Le sustituye

Rosita, una camarera que apenas medirá un metro cincuenta, encantadora, y con la que jamás has conseguido ligar. Muchos cambios para cinco minutos. Palpas la papelina a través del tejido de la americana. Sí. Allí sigue. Hay que reconocerle la calidad al material de la Abuelita.

*Bah, y si es gratis, es gratis.*

Pides una cerveza con los puños cerrados para no relajarte —hoy no te vas a emborrachar— y clavas codo en la barra. Mariano y Chicheri deben de estar ocupados en algún negocio privado. Ya reaparecerán. Se te acaba de ocurrir que quizá Mariano conozca a alguien en la comisaría de Pío XII. Sería perfecto colarse en la jaula del *león* Parra y hacerle una docena de preguntas ¡ya!, esta misma noche. Las fotos podría hacerlas Marcial por la mañana.

Bebes un trago largo del líquido amarillo y frío. La cerveza no está mal pero solo es un pobre sustitutivo del Five Queens. Reprimas el deseo de piropear las nalgas hundidas en blanco de Rosita. Mejor que vuelvas a tu manojito de papeles desordenados. Otra vez estás sudando. Coges un par de servilletas para secarte la frente. ¿Realmente era malo el último título? Sí, la expresión *me importa un huevo* no es demasiado literaria. Tachas el título y escribes debajo uno nuevo. Se te ha ocurrido en el servicio mientras picabas la brillante cocaína: *Un final feliz*. No está mal. Pero enseguida te asalta la duda. ¿Feliz para quién? ¿Para ti? ¿Para tu hermana Marta? ¿Para Emilia Gómez? ¿Para tu cerebro anegado de alcohol? Hay que matizar. Interrogantes. Uno delante. Otro detrás. Eso está mejor. ¿*Un final feliz?*